

tud de las ideas, las cuales, lejos de ser protegidas por el milagro, lo protegen. Con esta concepción se destruye el cristianismo tradicional; todos los antiguos dogmas desaparecen: la divinidad de Jesús, la inspiración de la Escritura, y hasta la perfección absoluta del Cristo, ese último esfuerzo hecho para salvar un resto de lo pasado. La revolución se hace en unos más rápida y radicalmente que en otros; pero acabará por vencerlos á todos, y entonces quedará sólo un cristianismo moral. Lejos de constituir esto una decadencia ó una ruina, será la forma más perfecta que la religión haya revestido en la tierra (1).

#### § IV.— Suiza.

##### I.

Suiza puede gloriarse de ser la cuna del protestantismo liberal, pues que en ella nació Zuinglio, el único de los reformadores que reconoció, á la sazón, la autoridad en el dominio de la fe, el único que, con gran escándalo de Lutero, se atrevió á admitir en el cielo cristiano á los grandes hombres de la antigüedad pagana. Zuinglio excedía á su siglo; Lutero se negó á darle el nombre de hermano; y como lo porvenir pertenece á la verdad, el genio humano del reformador parece que resucita después de trescientos años é inspira á la libre Suiza, ¡imagen admirable del lazo que existe entre la libertad política y la emancipación de las conciencias! Hay pueblos que se creen libres porque tienen constituciones liberales, cuando en ellos son las conciencias esclavas de una Iglesia ó de una Escritura. ¿Cómo ha de ser libre el hombre, siendo sierva su conciencia? ¿Puede excindirse el alma humana, dividirse entre la libertad y la servidumbre, ser libre en parte, esclava en el resto? Y ¿qué será de la libertad cuando en nombre de la conciencia esclavizada se predica la servidumbre? La cuestión religiosa se liga íntimamente á la cuestión política. Si nos interesamos en que el cristianismo liberal sea la religión de lo porvenir, porque sólo él puede satisfacer las necesidades del alma, también lo deseamos, porque sólo él ofrece garantía de que no perecerá la libertad. El día en que estén emancipadas las con-

(1) PÉCAUT, de *l'Avenir du protestantisme en France (Le Dis-ciple de Jésus-Christ, 1865, t. II, p. 126-128, 181-184).*

ciencias podremos desafiar todas las tiranías del mundo; que ninguna, por poderosa que sea, puede dominar en una conciencia libre.

Vengamos al cristianismo liberal que reina hoy en el cantón de Zurich, y que de ahí tiende á extenderse por toda la Suiza protestante, ofreciendo un espectáculo que consuela y fortalece á los hombres que luchan por las ideas de lo porvenir. Por todas partes se les tacha de espíritus quiméricos, y se denuncia su concepción religiosa como sospechosa de conducir al ateísmo y al materialismo, y aún se burlan de ellos y se les insulta, mofándose de la vanidad de sus esfuerzos; mas si tienen de su parte la verdad, podrán, á su vez, reírse del vano poder de sus adversarios. Zuinglio sucumbió en el siglo XVI, pero no exclamó como Bruto: ¡Oh religión, eres un vano nombre! murió por la verdad, por la libertad; y ¿qué vemos hoy? El vencido de hace tres siglos se ha convertido en vencedor; ya no es el estrecho espíritu de Lutero ni el formalismo jurídico de Calvino lo que reina en la Iglesia suiza, sino las amplias tendencias de Zuinglio.

El protestantismo liberal tiene por órgano, en Suiza, un periódico religioso que se titula las *Voces del tiempo* (1). Con placer leemos esas páginas tan francas y tan verdaderas; que cuando se vive en la atmósfera de hipocresía que pesa sobre la Europa católica y que la corrompe con sus miasmas deletéreos, es una dicha respirar el aire puro, aunque rudo á veces, que viene de las montañas de Suiza; y no se necesita ser profeta para predecir que destruirá los vapores pestilenciales, como la luz del sol disipa las tinieblas de la noche. La franqueza distingue á los liberales suizos de los protestantes avanzados de Francia, pues, salvo raras excepciones, los pastores franceses conservan el lenguaje de la ortodoxia, á pesar de haber dejado de ser ortodoxos. El redactor de las *Voces del tiempo*, Lang, Suavo trasplantado á Suiza, ha inaugurado otra predicación y otra polémica: predica y escribe lo que piensa. Y, cosa notable, los paisanos suizos, pues que él predica en el campo, no se han escandalizado de esta innovación, y se consideran dichosos, como los otros, de oír hablar de Jesús-Hombre, sin que se le llame el divino Maestro, y de las Escrituras sin que se las califi-

(1) *Zeitstimmen aus der reformierten Kirche der Schweiz.*

que de palabra celestial. Están hartos, sin duda, de una fraseología que no penetra ya en el alma, porque no halla en ella la inteligencia sino palabras vacías de sentido, y prefieren oír á un hombre que les habla con el corazón. No tardó en extenderse la influencia de Lang fuera de la modesta parroquia donde predicaba la verdadera palabra de Dios, es decir, la verdad tal como un alma honrada la comprende; atravesaban las gentes las montañas por oírlo, y en 1863, los habitantes de Meilen, grande y rica parroquia de las orillas del lago de Zurich, lo eligieron pastor, porque los Suizos eligen sus pastores y no se hallan por esto mal servidos (1).

Lang tuvo imitadores. Hay un pastor de raza suiza que le supera en franqueza; íbamos á decir en audacia, pues que en la misma Suiza se necesita valor para arrostrar los furros de los ortodoxos y vencer la timidez de los fieles. Vögelin, que este es el nombre del pastor, espantó los liberales. Oigamos su justificación. Confiesa que su manera de predicar no es la de sus colegas; y no es porque piensen, dice, de otra manera que yo: todos estamos convencidos de que jamás ha habido milagros; todos creemos que Jesucristo era un hombre; todos pensamos que la Escritura no difiere en esencia de las obras de genio que elevan nuestra alma y nuestra inteligencia; todos estamos persuadidos de que cuando los Evangelios hacen hablar á Jesús con una autoridad sobrehumana no reproducen sus palabras. Pues bien, entrad en un templo protestante el día de Navidad, y el sermón del pastor os dejará la impresión de que el niño Jesús es un ser divino, nacido de una manera milagrosa; oid un sermón protestante el Viernes Santo, y creeréis ciertamente que, según el pensamiento del ministro, la muerte del Cristo ha regenerado el mundo, satisfaciendo con ese sacrificio los pecados de los hombres; y si escucháis un sermón de Pascua, quedaréis convencidos de que cree el predicador en la resurrección corporal de Jesús crucificado, como el día de la Ascensión oiréis decir que el Cristo resucitado subió al cielo. En todas ocasiones tomará el orador al pie de la letra las narraciones milagrosas de los Evangelios y las palabras que ponen en boca del Hijo de Dios, aunque el pastor no crea ni en el Hijo de Dios ni en sus milagros.

(1) FONTANÈS, *du Mouvement théologique dans la Suisse allemande (Revue moderne, 1.º de Abril de 1863, p. 93-95).*

El pastor suizo se pregunta cómo pueden hombres honrados predicar lo que no creen. ¿No es eso propalar el engaño en la cátedra de la verdad? En esto se forjan, dice Vögelin, toda clase de ilusiones. Los unos esperan, acomodándose á las preocupaciones de sus oyentes, atraerlos más fácilmente á la religión del espíritu. ¡Error! Acomodándose los misioneros católicos á las preocupaciones de los idólatras, no han hecho más que perturbar la idolatría, en términos que es aún hoy la religión católica una especie de paganismo cristiano. Otros pastores temen escandalizar á aquellos de sus oyentes que todavía tienen fe, como si el escándalo no fuera mil veces más funesto cuando advierten que su pastor habla de otro modo que como piensa. ¿No es eso alimentar las almas con el pan de la hipocresía? (1).

Vögelin entiende que debe ante todo la verdad á los que tiene la misión de elevar á Dios, que es la verdad. ¿No sería esa también la opinión del Cristo? "Dios, dice, es el Dios de los vivos y no el Dios de los muertos." Este es el epígrafe que el pastor suizo puso al frente de sus sermones, y ese es el pensamiento que en todo los inspira. La religión es la vida, y la vida no se desenvuelve sino por la vida; los hombres necesitan, pues, una religión viva, un Dios vivo. ¿Cómo se pretende que la religión de los que no creían más que en los milagros sea todavía un principio de vida para los que ya no creen en ellos? ¿Cómo se quiere que el Dios que manifiesta su poder invirtiendo las leyes de la naturaleza sea todavía el Dios de los que ven la grandeza de Dios en las leyes inmutables que ha dado al universo? Dejemos el Dios de los muertos y prediquemos á los hombres el Dios vivo. Nada de revelación sobrenatural, nada de ascensión, sino el Dios que es nuestro Padre, el Dios que manda que nos hagamos perfectos como él, y la religión que es moral y la moral que es religión. Hé ahí lo que Vögelin predica.

Dicho se está que Vögelin suscitó contra sí el odio de todos los ortodoxos; los mismos liberales se reprocharon la exageración del fin al emplear la crítica en la cátedra; mas esto no impidió que los feligreses quedaran adheridos á su pastor: hecho decisivo y de capital importancia. Los ortodoxos se lamentan de que la fe se va. Y, en efec-

(1) VÖGELIN, *Predigten gehalten zu Uster, p. VIII-XI.*

to, hay templos en Alemania donde no se puede celebrar el domingo el oficio divino por falta de fieles; y allí es donde reina la ortodoxia más pura. Si se juzga del árbol por los frutos, ¿qué habrá que pensar de la ortodoxia? Ya lo hemos dicho muchas veces: la religion tradicional siembra la incredulidad y la indiferencia. Recorred la Suiza, entrad en un templo donde predique un pastor liberal y lo veréis lleno (1). La experiencia está, pues, hecha. Se puede ser pastor y hombre honrado, se puede decir en cátedra lo que se piensa, y los fieles no se escandalizan y no desertan de la Iglesia. Las autoridades eclesiásticas dejan hacer; no son precisamente favorables al movimiento, pero no se atreven á intervenir por actos de violencia. ¿Dónde hay autoridad que ame la libertad? Entre los teólogos ortodoxos hay un partido que impele á tomar medidas de rigor; esos celosos creyentes quisieran purgar el protestantismo de los elementos impuros que encierra. Pero ¿cosa digna de notarse! los mismos ortodoxos puros están inficionados del espíritu nuevo. ¿Cuál es la señal de la ortodoxia protestante? La fe en la Escritura considerada como palabra de Dios: no hay palabra de Dios si no son inspirados los libros sagrados. Pues bien, dice las *Voces del tiempo*, si Dios pudiera escrutar las conciencias, si Dios fuera llamado á separar los que creen en la inspiracion de los que no creen en ella, todos los pastores, todos los doctores se hallarian en el campo liberal; el campo ortodoxo quedaria desierto, absolutamente desierto (2).

Hé ahí una señal de los tiempos que corren, si, dicen los partidarios de lo pasado, pero una señal de los últimos tiempos: el fin se aproxima, pues que la religion se va: esta acusacion suscita una cuestion decisiva para los destinos de la humanidad. El racionalismo, se dice, es impotente para producir una religion: ¿significa esto que no pueda haber religion que esté en armonia con la razon, religion sin milagros, sin misterios, religion que acepte todas las conquistas de la civilizacion moderna, los trabajos de la crítica, como los principios del 89? En Suiza, como en todos los paises protestantes donde ha penetrado el liberalismo cristiano, se hace la experiencia, y en Suiza más

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1866, página 446.

(2) *Zeitstimmen*, 1865, p. 2.

que en parte alguna será decisiva, porque en ninguna se hace con más sinceridad y resolucion. En Alemania, el liberalismo es ante todo un movimiento científico; las inconsecuencias á que conduce autorizan los temores de los ortodoxos y explican sus lamentaciones. ¿Cuál es la conclusion de Strauss? El divorcio entre la fe y la ciencia; la fe para las masas, el libre pensamiento para la aristocracia intelectual. Esa es la condenacion de la religion, porque el dia en que se reconociera que la religion no es buena sino para los que no piensan, sería radicalmente arruinado su imperio. La escuela de Tubinga ha reaccionado contra lo que hay de excesivo en la crítica de Strauss, pero se ha encerrado en el dominio de la ciencia: Baur y sus discípulos no han pensado siquiera en hacer pasar á la vida las enseñanzas de la crítica. En cuanto á las comunidades libres, han fracasado ante la incredulidad que hay en germen en el panteísmo, más todavía que por la mala voluntad de los gobiernos. Á la Suiza toca la gloria de haber intentado la conciliacion de la razon y de la fe, y el éxito de la tentativa ha sobrepujado á todas las esperanzas (1).

Lang, el redactor de las *Voces del tiempo*, fué educado en la escuela crítica de Tubinga: elegido pastor en Suiza, no renegó de sus maestros; aceptó resueltamente las conclusiones de la ciencia más avanzadas, pero permaneció religioso y aún cristiano, y llevó á la cátedra el cristianismo depurado por la crítica. La empresa era inaudita. Y no es que Lang y sus amigos fuesen revolucionarios; no se puede decir que hayan enarbolado una nueva bandera, y, sin embargo, han inaugurado una revolucion religiosa. Muchos protestantes participaban de sus opiniones, pero eran precisamente los que pensaban que la humanidad podía pasarse sin religion; y fuera de los libres pensadores, se podía temer la oposicion violenta de las masas, como se vió cuando Strauss fué llamado á profesar la teología en Zurich. ¿Cómo reconciliar á los indiferentes con la religion, y cómo atraer al liberalismo cristiano á hombres incultos habituados á confundir la religion con la fe ciega en la Escritura y en ciertos supuestos dogmas revelados? Los libres pensadores volvieron al cristianismo cuando oyeron á los pastores rechazar cuanto hay de supers-

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 484.

ticioso en la religion tradicional, no manteniendo más que el elemento moral de la *buena nueva* predicada por el Cristo.

Hé ahí un hecho importantísimo, que atestigua que los libres pensadores se reconcilian con la religion cuando la religion se identifica con la moral (1). Pero ¿se contentarán los creyentes con la moral convertida en religion? Las masas son supersticiosas, porque se las alimenta con supersticiones. Si se les enseñara una religion que se dirigiera á su conciencia, ¿por qué no la habrían de aceptar? ¿Habría de preferir el hombre el veneno á un alimento sano y fortificante? Se cree que están los fieles imbuidos de viejas preocupaciones, y que sería peligroso apelar á su razon, y eso mismo es un prejuicio nacido del hábito y que la cobardia favorece: la fe del pueblo no es tan ciega como se imagina. Hay un espíritu dominante en cada época, que se insinúa en todo y por todas partes, que se respira con el aire, que se difunde por mil medios invisibles. Y ¿cuál es el espíritu que reina hoy? Es la negacion de lo sobrenatural, de lo milagroso: el terreno está, pues, preparado; lo que falta es el valor para marchar adelante. Lang y sus amigos tuvieron ese valor; y al comenzar el año 1866, tuvieron el placer de consignar en su periódico que habían encontrado una favorable acogida en todas las clases de la sociedad. Dichoso pais, en donde los comerciantes y los industriales, los labradores y los artesanos, y hasta las mujeres leen un periódico religioso que enarbola la bandera de la razon y de la conciencia, en donde las masas se apiñan alrededor de las cátedras que se han convertido en cátedras de verdad, pues que el pastor dice lo que piensa, y su pensamiento se inspira en la civilizacion progresiva, es decir, en la obra de Dios (1).

El cristianismo tradicional es incompatible con la civilizacion moderna; y así lo proclaman á porfía los ortodoxos, lo mismo los pastores que gobiernan en los consistorios que el sacerdote que impera en Roma. Dios ciega á los que quiere perder, dice el poeta, y lo cierto es que están ciegos los partidarios de lo pasado. Las ideas y los sentimientos bajo cuya influencia tomó el cristianismo la forma que quisieran eternizar los ortodoxos se

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirchen der Schweiz*, 1865, página 4.

(2) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1865, número 1.

han modificado completamente, y, sin embargo, pretenden que no debe cambiar esa forma del cristianismo. Los pueblos se representan en su infancia á Dios como un sér semejante al hombre, que tiene su trono en alguna parte, en el Olimpo ó en el cielo, rodeado de una corte celestial, de dioses y semidioses, de ángeles y de arcángeles. El cristianismo espiritualizó esta concepcion, pero la mantuvo en su esencia; concentró la religion en la esperanza de otra vida, donde los elegidos participarían de la dicha de los ángeles en el cielo, mientras los réprobos debían ser atormentados en el infierno. Se creía que el cielo estaba por cima de la bóveda celeste, la cual se consideraba fija é inmóvil; Dios era una persona como nosotros, pero omnipotente; había creado el mundo de la nada, reservándose invertir las leyes que le había dado; descendía á veces del cielo empíreo ó mandaba ángeles para comunicar sus órdenes á los mortales. Ese Dios tenía un Hijo coeterno con el Padre, que se encarnó milagrosamente para salvar á los hombres de las consecuencias de un pecado misterioso é inexplicable. Desde entónces fué entregado el mundo á la dominacion de lo sobrenatural: el destino de los hombres era sobrenatural, debía cumplirse en un mundo sobrenatural y por vías sobrenaturales. Como la existencia en esta tierra es pasajera, se hacia del cielo nuestra verdadera patria, y para llegar á ella era preciso creer en dogmas sobrenaturales y practicar observancias á las cuales se atribuía un efecto sobrenatural. El hombre olvidó la naturaleza y la vida verdadera para vivir en un mundo imaginario, en un séptimo cielo.

¿Es esa todavía la creencia de los pueblos modernos? Hoy enseñamos á nuestros hijos que el cielo es una quimera, que los cielos son inmensos, infinitos, que están poblados de mundos respecto de los cuales no es más que un átomo nuestra tierra. ¿Dónde se va á alojar el Dios del cristianismo tradicional con su corte, sus ángeles y sus arcángeles? ¿Cómo concebir que descende Dios de un cielo que no existe, que envía mensajeros para comunicar sus órdenes? Conocemos sus decretos: son las leyes inmutables del universo. Desde que la ciencia observa la naturaleza, no ha encontrado un solo milagro ni una sola inversion de las leyes que ha descubierto; lo sobrenatural ha desaparecido completamente de la ciencia: ¿cómo se habría de mantener en la religion? Interrogada como la na-

turalidad, la conciencia ha respondido como aquella: ha negado el pecado inexplicable que se supuso había infectado á la naturaleza humana; y desde ese momento, la encarnación se ha convertido en un milagro tan inútil como imposible; ha negado que Dios quiera ó pueda revelar la verdad absoluta á seres que no podrían concebirla: ¿á qué entónces los misterios? Y ha negado, por fin, que la creencia en ciertos dogmas que la razón no comprende y que nada dicen á la conciencia determine la salvación: ¿de qué sirven, pues, los sacramentos? El estudio de la historia y la crítica de los textos han venido en apoyo de estas enseñanzas, y el milagro ha desaparecido á medida que los hechos han sido mejor conocidos.

Nada de sobrenatural: ese es el lema de la civilización moderna; ¿se obstinará la religión en no tenerlo en cuenta? La religión cambia á despecho de los que la declaran inmutable; estos mismos no creen ya lo que creían nuestros antepasados; están más cerca del liberalismo cristiano que de la vieja ortodoxia. ¿Quién, en efecto, cree ya que Dios tenga su trono en el séptimo cielo, rodeado de una corte de ángeles? ¿Quién cree ya que descienda Dios del cielo á la tierra? Si se habla todavía del cielo como de un lugar opuesto á la tierra, es por un hábito de lenguaje; mas, á poco que se reflexione, no se puede ya creer en tal oposición, porque la tierra forma parte del cielo. Esto implica que el mundo presente es idéntico con lo que se llama el otro mundo, y que la expresión *aquí abajo* no tiene sentido, pues que *aquí abajo* es también una morada celeste. Y siendo así, ¿puede permanecer la religión, como es en el cristianismo tradicional, como religión del otro mundo? Tanto valdría decir que la religión es una cosa imaginaria, pues que tendría por objeto lo imaginario. Si se quiere que el cristianismo se mantenga, si se quiere que haya todavía una religión, es preciso que la religión tenga en cuenta las nuevas ideas acerca del mundo y los sentimientos modernos acerca de la vida y de nuestro destino, es necesario que deje de ser sobrenatural para convertirse en natural (1).

## II.

¿Es todavía cristianismo ó es una nueva religión esa religión humana? Los ortodoxos niegan

(1) LANG, *Stunden der Andacht*, t. 1, p. 281 y siguientes.

que sea cristianismo, sosteniendo que no es sino una apariencia de religión. Necesario es entenderse sobre este punto, y se está bien lejos de ello, pues todavía, después de dos mil años, se discute acerca de la esencia del cristianismo. Hay dos tendencias opuestas. Una, la ortodoxia, identifica el cristianismo con ciertos dogmas que supone revelados. Si esa fuera la esencia de la religión cristiana, sería preciso decir que el cristianismo liberal no es cristiano, y habría que añadir que el cristianismo se va, bastando para convencerse de ello oír las lamentaciones de los ortodoxos. Y ¡cosa chocante! los incrédulos están de acuerdo en este punto con los ortodoxos: los enemigos del cristianismo dicen también que se va, porque lo confunden con la religión dogmática que reina en el campo de la ortodoxia. Este singular concierto de los ortodoxos y los incrédulos es de suyo sospechoso y hace reflexionar (1). ¿Es verdad que el cristianismo es esencialmente dogmático? Los liberales suizos, como todos los protestantes liberales, responden: ¡nada de dogmática, nada de fe, de autoridad! (2). ¿Qué ponen en lugar de la religión tradicional? El verdadero cristianismo, el de Jesucristo.

Pero ¿no está el cristianismo de Jesucristo en oposición con la cultura moderna, como lo está el cristianismo tradicional? La concepción que Jesús se formaba del mundo, ¿no es la que la tradición cristiana ha desenvuelto y la que hoy rechaza la humanidad? Los liberales suizos confiesan que hay en las palabras atribuidas al Cristo creencias cuya falsedad han demostrado los hechos: tal es la creencia de que Jesús es el Mesías, la cual, en su forma judaica, es evidentemente una quimera. El Cristo alimentó, pues, esperanzas quiméricas, y estas esperanzas le condujeron á errores, á aberraciones, que en vano se ha pretendido negar. Anunció en los términos más positivos el próximo fin del mundo, y decía que vendría en las nubes, rodeado de ángeles, á juzgar á los hombres. Los ortodoxos han hecho desesperados esfuerzos para eludir esos abrumadores textos. Vögelin, más franco, no vacila en decir que Jesucristo debía participar de ese orden de ideas y de sentimientos, porque se creía el Mesías, y hace observar, como ya

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, páginas 486, 487.

(2) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, 1866, página 423.

lo hemos hecho nosotros, que todos los apóstoles estaban de acuerdo en la creencia de la consumación final, San Pablo como los doce: prueba de que se trataba de una creencia enseñada por el Maestro. El pastor suizo reconoce que el cristianismo de Jesús difiere en eso grandemente del nuestro; va más allá, y dice que las preocupaciones mesiánicas del Cristo están en oposición con el verdadero espíritu del cristianismo. Y siendo así, ¿cabe decir que nuestra religión sea todavía la de Jesús? ¿Es posible afirmar que la religión de Jesús sea la religión absoluta, la religión definitiva de la humanidad?

¿Acaso los errores de que participaba Jesús carecieron de influencia en su manera de pensar y de sentir? Así quisieron hacerlo creer los protestantes; pero ya hemos dicho repetidas veces que los excesos del espiritualismo evangélico nacieron de la creencia de que estaba próximo el fin del mundo (1), y ahora nos complacemos en hallar en Suiza un pastor que tiene el valor de predicar la misma opinión. No, no fueron indiferentes los errores de Jesucristo y de sus discípulos, todo lo contrario: determinaron su concepción de la vida, su desprecio de las cosas de este mundo, hasta de las más legítimas y sagradas, y su preocupación exclusiva del otro mundo que iba á reemplazar al mundo en que vivimos. Lo que llama en primer término la atención del pastor suizo, ciudadano de un país libre, es que la idea de patria es extraña á la predicación de Jesús: "Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.", Hé ahí toda su política. ¡Cuántas veces se han invocado esas famosas palabras para legitimar la tiranía de los príncipes y la servidumbre de los súbditos! Para comprender esos sentimientos hay que recordar que la libertad, que la independencia que nos entusiasma, no podían tener ningún valor para los hombres que creían que los imperios y las naciones, que los señores y los esclavos iban á ser sepultados en el mismo abismo.

El poco disimulado desprecio que Jesús abrigaba hacia los lazos de familia procedía de la misma preocupación; y también en este punto difieren completamente los sentimientos de la humanidad moderna de los de Jesús y de sus apóstoles. Nosotros ponemos los deberes de familia en el primer

(1) Véase el *Estudio sobre el cristianismo*.

término de las virtudes del cristiano, y no escucharíamos al revelador que nos dijese que, para seguirlo, es preciso abandonar padre y madre, mujer é hijos. Cuando San Pablo dice que el celibato vale más que el matrimonio, que el matrimonio no es bueno sino como remedio contra la incontinen- cia, sentimos sublevarse nuestro sentido moral, y hay que hacer á la conciencia moderna la justicia de que es en esto superior al cristianismo de Jesús, ó, por lo ménos, hay que confesar que la religión del Cristo no es ya la nuestra. Jesús vivió en este mundo como si en él no hubiera vivido, y su ejemplo y la autoridad de su nombre han ejercido una inmensa y prolongada influencia. Nosotros, por lo contrario, vivimos en la vida real, creemos que nuestra misión es perfeccionarnos mejorando la condición en cuyo seno nos ha hecho Dios nacer; y eso es lo que expresamos al decir que nuestro cristianismo tiende á hacerse una religión de este mundo, mientras el cristianismo de Jesús era una religión del otro mundo (1).

Á primera vista, la antinomia parece absoluta, y ocurre preguntar qué hay de común entre dos religiones, una de las cuales se preocupa de otro mundo, mundo imaginario, mientras la otra trata de santificar todas las relaciones, todos los trabajos de la vida real. El pastor suizo responde, como lo haría un libre pensador, que es preciso desechar en el cristianismo de Jesús todo lo que concierne á esas preocupaciones: el mesianismo, el fin del mundo y los excesos de espiritualismo que de ellos se derivan. ¿Quiere esto decir que no quedará nada del cristianismo evangélico? Quedará lo que constituye su esencia, lo que es particular á Jesucristo, lo que se halla en frecuente contradicción con las preocupaciones que había recibido de su nación y de su tiempo. Queda la noción de Dios, padre celestial que abraza en su caridad todo cuanto existe, desde el lirio del valle hasta el hombre cuyos cabellos están contados por el que extiende su providencia á las cosas más pequeñas como á las más grandes. Cuando sondeamos nuestro destino, sentimos que en todos los instantes de nuestra existencia estamos bajo la mano de Dios, que nos da los buenos propósitos y el poder de hacer lo que nos inspira; sentimos que no nos abandona un momento, que cuando caemos nos levanta, que cuan-

(1) VÖGELIN, *Predigten*, p. 190-199.